

¿Por qué cambió Felipe González?



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

La lectura del tercer volumen de memorias de Alfonso Guerra (*Una página difícil de arrancar*) me ha llevado a reflexionar sobre un asunto que en su día me preocupó bastante. Sobre todo me preocupó por mi incapacidad para comprenderlo en términos de racionalidad política, atendiendo a los posibles intereses o beneficios del personaje concernido (Felipe González), del partido y gobierno implicado (el PSOE), del país (España) y de los sectores sociales a los que representaba el PSOE. Creo que al final todos perdieron –perdimos– y los ciudadanos aún no saben qué ocurrió realmente en el PSOE.

Cuando se produjo el cambio de Felipe González –sobre el que Alfonso Guerra aporta bastantes referencias en sus Memorias–, el PSOE y el Gobierno de Felipe estaban siendo sometidos a una enorme presión mediática y política, aprovechando determinados casos de corrupción que habían impactado en la opinión pública. Pero Felipe González, pese a todo, continuaba manteniendo un considerable depósito de confianza y de capacidad de liderazgo, tanto interno como externo, entre amplios sectores de la sociedad.

La década del cambio y la imagen de España

El PSOE, y su Secretario General, en aquellos momentos tenían tras de sí una ejecutoria francamente brillante. La primera década de gobiernos de Felipe González es, posiblemente, el período más fructífero y positivo de la historia reciente de España. Se llegaba a 1992 en un momento en el que España organizaba de manera simultánea las Olimpiadas (Barcelona), la Exposición Universal (Sevilla) y la Capitalidad Cultural Europa (Madrid). Con un liderazgo acreditado y respetado, y con un partido serio y razonablemente cohesionado, parecía que España y el PSOE se podían comer el mundo. España estaba de moda, era respetada y contaba. Incluso era tomada como ejemplo y referencia internacional.

Por primera vez en muchos años los españoles confiábamos en nuestras posibilidades, contemplábamos el futuro con optimismo y, en su mayoría, pensábamos que teníamos un buen gobierno y muchos proyectos ilusionantes por delante. Para los que, comparativamente, se preocupan actualmente por levantar la maltrecha imagen de eso que llaman “la marca España”, aquellos años deben ser motivo de envidia.

Una de las incertidumbres que en aquel horizonte se podía detectar era cómo completar o desarrollar el proyecto de modernización, de consolidación democrática y de impulso de las políticas sociales, una vez que se habían cubierto con éxito los grandes objetivos del programa político-electoral de 1982. Para remediar esa posible carencia, los socialistas españoles estábamos empeñados entonces con iniciativas como el *Programa 2000*, que tantas expectativas y disposiciones participativas había despertado y que, a juicio de muchos, hacía pensar que “había proyecto” y “había PSOE para rato”.

Trabajo de equipo

La personalidad política de Felipe González y su sentido de la responsabilidad proporcionaban al PSOE de aquellos años una excelente capacidad de coordinación y motivación interna y de proyección pública, nacional e internacional. Para mí fue un honor formar parte de una Comisión Ejecutiva en la que se trataban los problemas de España y de las políticas sociales con sentido de Estado y con altura de miras. Cuando Felipe, Alfonso y Txiqui me propusieron incorporarme a su lista en el XXXI Congreso del PSOE, yo era un joven Catedrático de Sociología, a la sazón Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED, y había publicado un buen número de libros sobre materias políticas y sociales. Y con la inclinación vanagloriosa de los pocos años, pensaba que sabía mucho de aquellas cosas sobre las que escribía.

Pero, la verdad es que bien pronto pude comprobar que en aquella Comisión Ejecutiva del PSOE, en la que se trabajaba en equipo, allí sí que se sabía. Y allí pude aprender mucho de lo que es hacer política en serio, con buen talante y al servicio de un proyecto noble. De ahí el orgullo que siempre sentiré de haber tenido la suerte de formar parte – modestamente– de aquel equipo, en el que destacaba la personalidad de Felipe González y, complementariamente, de una manera fructífera, la de Alfonso Guerra, así como otros grandes socialistas, entre los que estaban Nicolás Re-

La primera década de Gobierno de Felipe González fue uno de los períodos más fructíferos y positivos de la historia reciente de España, situando al país en las antípodas de lo que hoy se considera la decaída "marca España".

dondo, miembro nato de la Ejecutiva como Secretario General de la UGT, el extraordinario Ramón Rubial, la entrañable Carmen García Bloise, el imprescindible Txiqui Benegas y otros buenos amigos y compañeros.

La dureza de las críticas externas, provenientes de grupos poderosos que no podían soportar la perspectiva de un liderazgo prolongado del PSOE en la sociedad española y, sobre todo, el impacto causado por algunos escándalos, entre los que destacaban los que concernían al Presidente del Banco de España y al Director General de la Guardia Civil –dos pilares básicos del Estado–, ensombrecieron algunas de aquellas reuniones de la Comisión Ejecutiva del PSOE, y supongo que también del Gobierno. Sobre todo, empezaron a producir en el ánimo de Felipe González los efectos que algunos esperaban. Es difícil ponerse en el pellejo de otras personas, pero yo en aquellos años pensaba en cómo se sentirían Felipe y Alfonso. Alfonso era –es– más expresivo y algo traslucía. Pero, Felipe –al menos para mí– aparecía básicamente reservado y taciturno. A veces empezaba a sentirse molesto si alguien discrepaba de él en aquella Comisión Ejecutiva que había venido trabajando como un equipo libre y bien conjuntado.

Entonces yo reflexionaba cómo podría sentirse un líder tan íntegro y tan volcado en servir al interés general de su país como Felipe González, al verse cuestionado por asuntos que tanto odiaba. La perspectiva de dejar

una herencia política cuestionable detrás de sí debía resultar horrible, o pasar a los libros de historia como el Jefe de Gobiernos manchados por la corrupción, o contemplar una crisis profunda del PSOE. Yo creo que en algunos momentos Felipe González somatizó todo esto física y psicológicamente. No debieron ser momentos fáciles ni en lo personal, ni en lo político.

Y, de pronto, en aquellas circunstancias y en aquel Partido algo empezó a cambiar, sin que se explicara a la opinión pública y sin que algunos hayamos entendido todavía su oportunidad, ni conveniencia. Alfonso Guerra lo explica en sus Memorias. Es historia y creo que los historiadores lo agradecerán. Como se lo agradecerían a Txiqui Benegas y al propio Felipe González si aportaran otros datos o matices –si es posible– que ayuden a entender cómo y por qué un liderazgo integrador y genuinamente democrático tendió a convertirse en un liderazgo parcial e impositivo.

La convocatoria de Txiqui Benegas al Palacio de la Moncloa, en enero de 1993, en la que Felipe González le comunica que asume plenamente todos los poderes en el PSOE –ya los tenía en el Gobierno–, es un punto de no retorno que el propio Felipe parece que calificó como “poco habitual procedimentalmente”, y que supuso la evolución abierta del PSOE hacia un modelo de ejercicio del liderazgo que ha traído ulteriormente bastantes problemas y disfunciones políticas, que han acabado debilitando al PSOE en la forma en la que hoy se manifiesta.

Plenos poderes

Aquella asunción de plenos poderes consolidó un modelo de “presidencialismo” que no estaba ni en el espíritu ni en la letra de nuestra Constitución, al tiempo que estableció en el seno del PSOE un patrón arbitrista de actuación –y de influencia extrapartidaria– que ha conducido a no pocos eventos erosionadores, como la ruptura-confrontación con la UGT, la eliminación de los sectores más socialdemócratas y de izquierdas de la dirección del PSOE, el linchamiento de lo que se calificó como “guerrismo” (en un ejercicio de fabricación de un “chivo expiatorio” que recuerda malos momentos de la historia), la defenestración del candidato electo Josep Borrell (que podía haber ganado las elecciones), la pasividad ante extrañas compras de escaños, algunas de las ocurrencias del gobierno de Rodríguez Zapatero, que ni estaban en el programa electoral, ni habían sido debatidas, ni eran apoyadas por los afiliados del



PSOE, en especial el cambio contra-natura y casi de tapadillo de la Constitución española...

Posiblemente, muchas de estas cosas y otras similares no se hubieran dado si no hubiera cambiado el modelo de liderazgo democrático y el proceder consensuado y en equipo que era propio de la trayectoria histórica del PSOE, y que Felipe González tan bien había venido encarnando hasta 1993.

¿Por qué cambio Felipe González este patrón de ejercicio del liderazgo? ¿Quién o quiénes le animaron-impulsaron-presionaron a hacerlo? ¿Quién ganó con este cambio y qué ganó o ganaron en el largo plazo? ¿Se trataba de un simple mecanismo de control para proceder a un cambio no consensuado de orientación programático-ideológica? ¿Era algo derivado de algún pacto secreto que no se podía dar a conocer a los afiliados del PSOE ni a la opinión pública? ¿Se tuvo en cuenta el pulso de la calle, lo que podían pensar los ciudadanos? ¿Había alguna necesidad para este cambio y los que siguieron? ¿Cuál era la necesidad? ¿Por qué? En el libro de Memorias de Alfonso Guerra, en varias ocasiones se ponen en boca de Felipe González argumentos de que aquello era "necesario" y que lo era en "bien de todos". ¿Acaso Felipe González intentaba evitar males mayores? ¿Contará o explicará en algún momento su versión de los hechos? ¿Se llevará este se-

creto —si es que hay algún secreto— a la tumba, como vulgarmente se dice? ¿Es algo que se puede contar?

Liderazgo y democracia

En su día, lo que más me intrigó era por qué se emprendía este camino de no retorno si no era necesario. Es decir, un líder débil o cuestionado internamente puede verse tentado hacia la autocracia interna o hacia el bonapartismo, si es muy soberbio, o si no tiene ideas propias ni proyectos de entidad. Pero en el caso de Felipe González no parecía necesario, entre otras razones porque en aquella Comisión Ejecutiva y en aquel partido se entendía y respetaba su liderazgo y, tras los debates y análisis, se asumía su capacidad de integración y su papel. Por lo tanto, en su decisión final, ya insinuada anteriormente y comunicada de manera imperativa a Txiqui Benegas en el Palacio de la Moncloa —"el poder lo tengo yo y lo ejerzo yo directamente"— había un fuerte componente de *presentación* externa y de *expropiación* interna. Es decir, el famoso "se gobierna desde Moncloa y no desde Ferraz", era algo más que un "diktat" y algo más que un simple problema de explicación de la lógica

La asunción de plenos poderes en el PSOE y en el Gobierno por parte de Felipe González consolidó un modelo presidencialista que no estaba en la Constitución y modificó un patrón de liderazgo democrático y de trabajo en equipo en el Partido Socialista Español.

distribución constitucional de funciones entre gobierno y partido. ¿Había que dar un ejemplo? ¿A quién, o a quiénes y ante quién y para qué?

El problema es que cuando un poder se extrae de un lugar se acaba depositando o desplazando hacia otro lugar. ¿Fue eso lo que ocurrió entonces? Y si fue así, ¿cuál fue la base sustentadora del nuevo liderazgo de Felipe González?

Si nos atenemos a los hechos, los "teóricos" del nuevo modelo de liderazgo felipista —y de sus derivadas posteriores— tienen nombres y apellidos concretos, que están registrados en las bibliotecas y hemerotecas. Si se estima que lo fundamental no son los nombres, sino los intereses subyacentes, los historiadores no tienen más que explorar y sistematizar informaciones bien específicas.

Lo cierto y concreto es que la deriva ulterior del PSOE hacia posiciones menos "socialdemócratas" no solo tuvo un cierto componente inicial deslegitimante, en la medida que en España esta inflexión vino impuesta desde arriba –y no se sabe si "desde fuera"–, no siendo el resultado de un proceso interno de debate claro y de reflexión profunda y, por lo tanto, de sano ejercicio de la democracia participativa. Más bien al contrario, los debates sobre el Programa 2000 evidenciaban que las orientaciones y preferencias eran de signo diferente.

Debilitamiento de la socialdemocracia

Pero no solo se trata de una cuestión de método –aunque el método en democracia siempre es muy importante–, sino también de fondo, ya que la inflexión de los partidos socialdemócratas hacia otros enfoques se acabó traduciendo en múltiples indicadores sociales regresivos y en la aceptación de una orientación económica que –tal como se ve hoy en día– al final ha conducido a un desastre, a un fracaso sin paliativos del modelo que algunos presentaban como inexcusable. En el camino, los partidos socialdemócratas han perdido apoyos y, sobre todo, legitimidad y credibilidad para poder plantear ahora, cuando más se necesita, nuevas políticas de salida de la crisis con sensibilidad social. Por lo tanto, el camino no ha podido ser más equivocado.

Alfonso Guerra proporciona pistas e informaciones sugerentes sobre estas orientaciones, cambios y posibilidades explicativas en sus Memorias. ¿Hay otras explicaciones de aquellos cambios? Si las hay, convendría que se conocieran públicamente, ya que no se trata de un asunto menor, ni para el PSOE, ni para España, ni para el propósito socialdemócrata como tal.

Sin embargo, no sé si debido a mi ingenuidad analítica o a la persistencia de viejos afectos y respetos, lo cierto es que muchas cosas no me acaban de encajar del todo. Desde un punto de vista político, el autoritarismo y los hiperliderazgos siempre me han parecido una aberración política y una práctica contraproducente. Sobre ello publiqué varios artículos en la prensa en su día y un texto más de fondo en el nº 129 de Sistema (*Populismo, corporativismo y neo-bona-partismo*) que no debió gustar mucho a los adalides de aquella operación política.

Antropología del poder inseguro

Más allá de la presentación y conceptualización del proceso, lo que me sigue inquietando es ¿por qué? Va-

rias veces, a lo largo de los últimos años, he pensado en escribir un ensayo sobre las dinámicas de autocratización de los liderazgos y sus dimensiones personales, e incluso psicológicas, en base a los cuadernos que fui escribiendo en aquellos años, anotando los hechos más relevantes del proceso. Cuadernos que tienen mucho que ver con la antropología del poder y que no he vuelto a abrir desde entonces. En estos años he preferido escribir, en positivo, algunos libros y textos sobre "la calidad de la democracia", o sobre "la democracia postliberal", especialmente el libro *La democracia incompleta* (Biblioteca Nueva), intentando contribuir al debate sobre la necesidad de avanzar hacia plasmaciones más auténticas y operativas de ejercicio de la democracia –también de ejercicio de los liderazgos democráticos–, en conexión con los problemas de la desigualdad y la crisis del trabajo. Problemas cada vez más acuciantes que afectan a más personas. Y que, por lo tanto, requieren que los abordemos desde ópticas coherentemente democráticas y participativas.

Por eso, cada vez creo más firmemente que la democracia es la sabia de la actividad política y que cuanto mejor democracia tengamos, mejor será nuestra vida

La evolución de los partidos socialdemócratas hacia otros enfoques ajenos a la tradición progresista ha desvitalizado a muchos de estos partidos y ha contribuido a conducir a un escenario social y económico desastroso.

política, nuestro tono moral y las perspectivas de regeneración social. En cambio, las carencias democráticas y los déficits de representación son el germen de la decadencia y la asfixia de la legitimidad. Algo que ya vieron con claridad los clásicos cuando sostenían que los sistemas mejores eran aquellos en los que las instituciones prevalecían sobre las personas que las encarnaban y no al revés. Por eso, ahora hay que modernizar las estructuras de representación política, sabiendo que eso es lo que permanece y permite mejorar la vida de los ciudadanos y de los pueblos. De ahí que debamos estar agradecidos a quienes contribuyen a que se descorran los velos y se conozcan mejor los hechos en asuntos y acontecimientos que no son ni mucho menos triviales ni intrascendentes para el devenir político y para la posibilidad de que las necesidades de los sectores más débiles de la sociedad sean debidamente atendidas. **TEMAS**